

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Deuteronomio, 26, 4-10): *El Señor escuchó nuestros gritos.*

Salmo (90, 1-2.10-15): *«Quédate conmigo, Señor, en la tribulación»*

2ª lectura (Romanos, 10, 8-13): *Nadie que crea en él quedará confundido.*

Evangelio (Lucas 4, 1-13): *No tentarás al Señor, tu Dios.*

El pasado miércoles con la imposición de la ceniza, iniciamos nuestro camino de preparación a la Pascua. Este tiempo recibe el nombre de Cuaresma, como bien sabemos. El tono predominante de la época es de penitencia: los colores litúrgicos, el cese del canto del “*aléluya*”, las prácticas de ayuno y abstinencia, las devociones populares y otras cosas más nos hablan de sobriedad, de sacrificio, de austeridad. Pero todo esto no tendría sentido si se pierde de vista que se trata del camino hacia la Pascua.

Jesús, con lo mejor de la tradición del pueblo judío, nos ha propuesto tres prácticas, que la Iglesia nos ha recordado en la liturgia del Miércoles de Ceniza: limosna, oración y ayuno. Estas prácticas nos ayudan a avanzar con paso seguro hacia nuestra meta pascual. Jesús nos pide llevar adelante estas acciones, pero nos insiste que nunca la hagamos para atraer el aplauso de los demás, sino la mirada de aquel que ve en lo secreto: nuestro Padre celestial.

En este primer Domingo de Cuaresma la liturgia nos anima a adentrarnos en el desierto, junto a Jesús. En la biblia, el desierto es un lugar privilegiado para el encuentro con Dios. Al mismo tiempo, el desierto también es el lugar de la prueba, el lugar de la tentación. Hoy diríamos que el desierto, más que un lugar geográfico es la vida misma, llena de posibilidades y opciones, complejidades, oscuridades y tentaciones. El desierto, la vida, es el lugar donde se pone a prueba la autenticidad de la fe en el Dios de Jesús.

El relato evangélico nos muestra a Jesús solo frente a la prueba. Nos asombra su fortaleza y la firmeza de sus opciones. Lo tiene claro. En Él no hay espacio para la duda. La tentación por poseer no tiene cabida en su vida. Para cumplir con su misión liberadora no caerá en la tentación de acaparar bienes, buscar el poder o manipular a Dios. Su estilo es otro, bien distinto, y pasa por la desposesión, el servicio, la obediencia a la voluntad del Padre.

La primera tentación tiene que ver con el uso egoísta de las cosas. En el caso de Jesús, parte de las necesidades primarias de todo ser humano: «*Sintió hambre*», dice el evangelista. Utilizar su relación con Dios: «*si eres el Hijo de Dios*», para saciarse podría ser un camino aceptable. Para nosotros existe también la tentación de emplear los bienes a nuestro alcance para nuestra propia utilidad, y no solo en situaciones de urgencia. Pero al manipular las cosas para nuestro exclusivo provecho no solo trastornamos el orden de la creación, sino que muy probablemente hacemos que más gente “*sienta hambre*”. Pensemos en las consecuencias que tiene hoy la fiebre consumista, que nos encierra en el bienestar y nos vuelve ciegos e insensibles ante el drama de los pobres y de la tierra.

La segunda tentación es la del poder. El poder es seductor, y siempre nos excusamos para buscarlo, pensando en el bien que podemos hacer si tuviéramos más poder. Jesús sabe que la ambición de poder y de reconocimiento, la “*gloria*” según el texto, es una conducta idolátrica. El evangelista imagina muy bien la situación, pues la condición que le pone el tentador para obtener dicho poder es que se arrodille y lo adore. Prácticamente todos tenemos alguna forma de poder, poco o mucho, pensemos en el poder, tantas veces utilizado para someter personas y pueblos; pensemos, también, en las veces que los creyentes hemos utilizado la palabra “*Dios*” para imponernos a otros en su nombre.

La tercera tentación, en la narración de san Lucas, parece más sutil, hasta piadosa. Es presentada como un acto de confianza en Dios, pero a fin de cuentas se trata de acto temerario en busca de lo llamativo y espectacular. El maligno le presenta una opción atractiva. Llamar la atención de los demás a través de acciones sorprendentes. Ganar popularidad a través de lo milagroso. La búsqueda del aplauso sigue siendo muy fuerte, desde los personajes públicos que buscan ser populares de mil maneras hasta nuestras pequeñas artimañas para ser atractivos y del gusto de los demás. El diablo es muy astuto, hasta es capaz de citar la Biblia con tal de hacernos tropezar.

La tentación de poseer posesiones, o poder o al mismo Dios, acompañó a Jesús toda la vida. Es la misma tentación que nos acompaña a nosotros toda nuestra vida. Es la tentación que acecha a la humanidad a lo largo de su historia: el deseo insaciable de tener y acaparar; el afán por ostentar el poder y dominar; el deseo de crear un dios a la medida de nuestros intereses.

Las tentaciones de Jesús también son las tentaciones de nosotros sus seguidores. La tentación de la doble vida: la de llamarnos cristianos porque venimos a misa y cumplimos y con ello nos parece justificar una existencia donde no cabe el evangelio de la generosidad, de la solidaridad, de la justicia, del perdón. La tentación del poder: creernos mejores que los otros, poseedores de la verdad, deseosos de una Iglesia con poder social en vez de una Iglesia que sea comunidad de servidores. La tentación de manipular a Dios: cuando pensamos que con nuestros rezos Dios puede hacer lo que nosotros deseamos, en lugar de ponernos nosotros a la escucha y al servicio de Dios. Miremos a Jesús y aprendamos de él.